

cientes á dos opulentos hermanos, nombran por jefe á Oario, degüellan á sus amos, sublevan á los esclavos de las cercanías y encuentran antes de la aurora más de ciento veinte compañeros. Apodéranse de una fuerte posición, dejando para su defensa ochenta hombres que se unen á ellos enteramente armados.

Acude Licinio Nerva, pero no bastándole la fuerza recurre á la traición. Promete gracia á Cayo Ticinio, condena á muerte, y éste se aproxima al fuerte, ocupado por los rebeldes, con una tropa de hombres seguros, fingiendo que venia á runirse á ellos contra sus comunes opresores. Se hace su jefe, y abre las puertas al enemigo. Perecen la mayor parte peleando, los restantes son precipitados desde lo alto de las murallas y encuéntrase de esta manera apaciguada la rebelión en su origen.

A pesar de este mal éxito, se sabe que otros ochenta esclavos se han insurreccionado y dado muerte á P. Clonio, caballero romano y que su número se aumenta de día en día. Avanza el pretor hácia el monte Carpiano, donde se habían reunido; pero pareciéndole ofrecer peligros el ataque se dirige á Heraclea. Animados los rebeldes con que no se hubiera atrevido á atacarlos, recorren las cercanías, y encontrándose bien pronto en número de ochocientos hombres bien equipados, derrotan al pérfido Ticinio, y sus armas les proporcionan nuevos medios de defensa. Ascenden sus fuerzas en adelante á seis mil combatientes, y eligen por rey á uno de los suyos, llamado Salvio, hábil arúspice, flautista, y por lo común guía en las procesiones solemnes; hace este hombre que abandonen las ciudades como sitios de molición que les recuerdan la memoria de la servidumbre, y dividiendo su tropa en tres destacamentos, cada uno de ellos á las órdenes de un jefe particular, les designa un punto de reunión para encontrarse después de las incursiones en el campo.

Encontrándose por fin Salvio á la cabeza de dos mil caballos y veinte mil infantes agueridos y orgullosos de su libertad nuevamente recobrada, dirige un ataque contra Murgancio. Sorpréndelos el pretor en el campamento, que invade y entrega al pillaje, pero rehechos de su primer espanto, renuevan el combate y derrotan al enemigo. A la orden de Salvio de per-

donar al que depusiera las armas, se rinden la mayor parte de los romanos; solo seiscientos fueron muertos, y cuatro mil quedaron prisioneros.

Dobla el número de sus soldados esta victoria que aumenta grandemente el crédito de Salvio, y empieza á batir con atrevimiento las campiñas comarcanas prometiendo la libertad á todos los esclavos de Murgancio. Pero habíanse adelantado los señores haciéndoles la misma promesa; resultando que los esclavos de la ciudad combatieron con tenacidad á Salvio que se vió precisado á retirarse. Apenas había pasado el peligro, cuando anuló el pretor el compromiso contraído por los señores; pero engañados entonces los esclavos en su esperanza salieron en tropel para unirse á los rebeldes.

Subleváronse otros también en Segesto, en Lilibea y en otras partes, bajo el mando del ciliciano Atenion hombre enérgico, versado en astrología, que en cinco días reunió mil de ellos, pero obrando con prudencia no acogía á todos los fugitivos y no alistaba sino á los más valientes; invitaba á los demás á que permaneciesen en sus talleres y á que le proporcionasen víveres y noticias. Quería además que no se vejase al país y no se maltratase á los animales, como dependencias de un reino que le prometían los astros y que el bien pronto poseería. Sitió con más de diez mil hombres á la inespugnable Lilibea, pero conociendo que era inútil, declaró que las estrellas le aconsejaban alejarse de aquella fortaleza. Así las cosas, llegaban precisamente al puerto bageles conduciendo cohortes moras en socorro de los sitiados, que haciendo una salida durante la noche cayeron sobre los insurreccionados, de los que mataron gran número. Aumentóse la fama de Atenion como profeta.

Los que conocen los efectos de la rebelión de los negros en la más bella de todas las Antillas, al principio de este siglo, no tienen necesidad de que nos detengamos á describir el estado del país. Encontrábanse cerrados los tribunales y cada uno obraba á su antojo, los mismos hombres libres, reducidos á la indigencia, se entregaban á todos los excesos y nadie se atrevía á pasar las murallas.

Habiase adelantado Salvio hasta Leoncio, reunió allí un ejército de treinta mil hombres

y celebró la fiesta de los héroes pálicos, semidiosos honrados con particularidad en Sicilia. Eligió después para su residencia el fuerte de Triocala, donde se instaló con el sobrenombre de Trifon, y construyó alrededor una ciudad de ochocientos estadios de circunferencia con fosos, foro y palacio. Formóse un consejo y tomó con lictores las demás insignias de la autoridad suprema.

Desde aquel punto, éste rey de los esclavos, émulo de los héroes, envió orden á Atenion de llegar á unirse á él; y éste haciendo el sacrificio de su grandeza al interés común, lo verificó con tres mil hombres, mientras otros recorrían las campiñas y propagaban la insurrección.

Alargábase el asunto y era necesario dar un golpe decisivo. Vino después Lucio Licinio Lúculo con catorce mil romanos, ochocientos bitinios, tesalios, acarnanios, seiscientos lucanios y otros tantos reclutas para devolver la tranquilidad á la Sicilia. No conocía Atenion esta guerra por pequeños destacamentos, en la que debe consistir la táctica de los insurreccionados, y resolvió combatir á campo raso. Empeñaron la batalla cerca de Sirtea y consiguió la victoria la disciplina. Fueron muertos veinte mil rebeldes y los demás dispersados. Herido Atenion se ocultó entre los muertos y huyó cuando llegó la noche; pronto fué sitiada Triocala.

Fué tan grande el desaliento como lo había sido la audacia; hablábase ya de entregarse á la misericordia de los señores; pero los más resueltos disuadieron á los demás y les persuadieron á vender caras sus vidas más bien que consumirlas en los tormentos insultados por los verdugos. Lanzándose, pues, con la energía de la desesperación sobre los romanos los derrotaron y rechazaron de Triocala.

Cneo Servilio que reemplazó á Lentulo, no hizo progreso alguno, al paso que Atenion que mandaba sólo desde la muerte de Salvio, conseguía hacer triunfar á los esclavos. Pero el cónsul C. Mario, precedido del espanto que inspiraba el vencedor de los cimbrios acababa de hacer mudar de aspecto la fortuna. Persiguió su colega Aquilio á los rebeldes, los derrotó varias veces, y dió muerte en singular combate al mismo Atenion. Refugiáronse diez

mil de ellos en lugares fortificados, pero los persigue con obstinación y los desaloja. Dícese que perecieron en esta guerra un millón de esclavos. No quedaban más que mil bajo las órdenes de Sátiro; concluyeron por rendirse y la magnanimidad romana les condenó á pelear contra las fieras. Quisieron al menos perecer noblemente; cuando se encontraron en medio de la arena, con las armas en uso en esta clase de lides, se colocaron cerca de los altares y se dieron muerte intrépidamente unos á otros. Habiendo quedado el último Sátiro, se clavó su espada en el pecho, con gran diversión del Senado y del pueblo romano.

CAPITULO XXVIII

Los Gracos.

Si en medio de corrupción tan inmensa se alzaba un hombre con intención de mejorar las costumbres, de impeler al pueblo á la industria y á la agricultura, de sustituir al trabajo de los esclavos y de un pueblo perezoso el de una clase laboriosa como la de los tiempos modernos, ahuyentando la miseria á fuerza de brazos; si aquel hombre se proponía enfrenar el despotismo del Senado y la codicia de los caballeros, hacerse órgano de las quejas de las provincias y de los municipios, poner coto á la afluencia de los esclavos, y estorbar la despooblación del país, ¿no hubiera tenido derecho al agradecimiento de todos, aun cuando fuera por la intención solamente? Y no hablamos de la gratitud de los contemporáneos, que rara vez perdonan al mérito, sino de la gratitud de la posteridad á lo ménos. Pues bien, esta fué la gran tarea que se impusieron los Gracos; sus contemporáneos les dieron muerte; se contentó la posteridad con referir los ultrajes que les hizo padecer la venganza patricia, sin dignarse tomar en cuenta sus nobles intenciones, al enumerar los funestos medios que emplearon para ponerlas en planta.

Habían conocido las familias patricias de los Escipiones y de los Appios cuanta necesidad tenían de unirse á la familia ecuestre de Sempronio. Tib. Sempronio Graco había protegido en su tribunado al Asiático y al Africano, y en galardón, á la muerte del último se le consideró digno de casarse con Cornelia, su hija,

cuya mano había solicitado vivamente un Ptolomeo. Poco después de este enlace halló en su lecho dos dragones lo cual le asustó mucho y le indujo á consultar á los adivinos. Después de haber reflexionado bastante sobre tamaño prodigio, le prohibieron matar á ninguno de ellos, y dejarles que se escaparan; matar al macho causaría, según su dicho, la muerte de Tiberio, y Cornelia no debía sobrevivir á la hembra. Enamoradísimo Tiberio de su esposa, que estaba en lo mejor de su edad florida, mientras que la suya era ya madura, mató al macho y tardó en morir muy poco. Tal es la narración de Plutarco, hallándose en cada una de sus páginas relatos de esta especie, que nos demuestran cuantos progresos había hecho la superstición entre los hombres, desde que la religión se había perdido.

Cornelia había tenido muchos hijos; no le quedaron más que Tiberio, Cayo y Sempronio. Queriendo que se le llamase desde entonces, no ya la hija de Escipión, si no la madre de los Gracos, dió á sus hijos la educación mas esmerada á fin de ponerlos en actitud de superar á los Escipiones. Dijo ella presentando sus dos hijos á una dama que hacia ante sus ojos ostentación de ricos brazaletes y collares: *Hé aquí todo mi adorno y mis únicos joyeles*. Tiberio contrajo matrimonio con la hija de Appio Pulcher; Sempronio con Escipión Emiliano, el segundo Africano.

Correspondieron los Gracos á la esperanza maternal tan luego como empezaron á tomar mano en los negocios. No tenían rivales en punto á elocuencia; instruyéronse en el ejercicio de las armas bajo las órdenes de su valiente cuñado, y Tiberio fué el primero que escaló los muros de Cartago. Celosos de entrar en la administración de la cosa pública, y formados en la severa escuela de los estoicos, habían bebido en ella ideas generosas, y aún quizá exageradas, acerca de la dignidad del hombre y de la igualdad de la propiedad. Tiberio era de grave y apacible apostura, Cayo vivo é impetuoso. Tenía el mayor una locución suave, estudiada y digna. Cayo se mostró en la tribuna desde su primer ensayo, apasionado, enérgico, brillante hasta el punto de verse obligado á tener detrás de sí un flautista, para que le diera el tono cuando levantase su voz demasiado.

Tiberio era cuestor en Numancia á las órdenes de C. Mancino, cuando fué sorprendido el campamento, según hemos narrado; y hubieran sido pasados á cuchillo veinte mil hombres, si el cónsul no hubiera aceptado las condiciones propuestas. Sin embargo, los numantinos no quisieron atenerse más que á la palabra de Graco, á quien permitieron efectivamente llevarse el ejército sano y salvo, no abandonando á los vencedores más que los bagajes. Habiéndole sido robados sus registros en el saqueo, se presentó á reclamarlos, y no contentos los numantinos con restituírselos, le consintieron elegir entre el botín lo que mejor le acomodase; y no tomó mas que incienso destinado á los dioses.

Tuvo Roma por bochornosa una capitulación que salvaba á veinte mil ciudadanos; como se tratase del mismo modo que después la afrenta de las horcas caudinas, de entregar al enemigo todos los oficiales, Tiberio insistió á fin de que se cumpliera íntegramente el tratado; no logrando que su dictámen prevaleciera, consiguió que sólo fuera entregado Mancino. Quedáronle sumamente agradecidas las familias salvadas de este modo, y Graco, en aquella ocasión, concibió mucho más odio contra los patricios que habían aconsejado indignidad tan enorme.

Al cruzar la Etruria de vuelta de Numancia, la había visto despoblada de hombres libres y cultivada únicamente por esclavos, á la par que en Roma estaban acumuladas las propiedades en un corto número de manos, languideciendo la masa del pueblo en la miseria. Lejos de disimular la indignación que esto le infundía, manifestaba en alta voz que mentían los generales cuando exhortaban á los soldados á defender las sepulturas de sus abuelos. Era un baldón, decía, que los animales silvestres tuviesen una madriguera, y que los ciudadanos de Roma, señores del mundo, no poseyeran un albergue donde reclinar la cabeza, ni un surco de tierra donde ser sepultados.

Parte de los territorios conquistados se adjudicaba á la república como dominio (*ager publicus*), vendíanse otros en provecho del fisco; también el último tercio se consideraba como propiedad pública, si bien para ser distribuida á los ciudadanos con sujeción al pago de un

censo (*possessio*). Como esta distribución se hacía por los patricios, reservaban para sí el todo y no dejaban más que la labranza al pueblo. Tan evidente era la injusticia, que siempre que se propuso una ley agraria, es decir, la repartición igual de las tierras conquistadas, no la rechazó el Senado, pero se ingenió á fin de no darla cumplimiento. Dos siglos y medio antes había solicitado Licinio Stolón que no pudieran poseer los ricos más de quinientas fanegas en bienes patrimoniales. Posteriormente, Lelio, amigo de Escipión, había intentado la reforma agraria; mas viendo á toda la aristocracia en contra suya, hubo de renunciar á aquel generoso pensamiento, lo cual fué atribuido á prudencia, sinónimo de pusilanimidad en muchos casos.

Nombrado Tiberio tribuno del pueblo, propuso una ley que limitara á quinientas fanegas las tierras del dominio público que pudieran poseer los ricos; otorgábaseles doscientas cincuenta fanegas más por cada uno de sus hijos varones. Había concertado las disposiciones de ella con su suegro Appio, el gran pontífice Craso y el célebre jurisconsulto Escévola.

No presenta más apariencia de equidad ley alguna; el pueblo, que estimulaba á Tiberio hacia largo tiempo, aplaudió alegremente la propuesta, aún cuando fué impugnada por el otro tribuno Octavio Cecina. Hay, no obstante, abusos tan inveterados (y sirva de aviso á los innovadores), á que es imposible tocar sin que se trastorne todo el Estado. Tan hondas raíces había echado aquella antiqüísima iniquidad, que todas las familias ilustres, todos los que habían comprado, heredado, recibido en dote una porción de aquellas tierras, se hallaban amagados de ruina todavía más que por la ley Licinia.

Hizo, pues, violenta oposición á aquella ley la aristocracia. Pero, ¿cuál es el hombre, cuál es especialmente el demagogo que puede hacer alto en el punto preciso que le acomoda, una vez engolfado en la vía de las innovaciones? Tiberio puso en juego toda la habilidad de un esclarecido talento, y bajo la inspiración del juicio y del amor del orden procuró facilitar por medios suaves tan atrevida empresa; pero disgustado al fin por las tergiversaciones del Senado y por la perfidia de los nobles, que

atentaban á su vida y hasta atacaban su reputación, restableció la ley Licinia en toda su severidad, sin mencionar ya la indemnización que debía otorgarse á los ricos desposeídos por el excedente de las quinientas fanegas, y la dejación inmediata de los usurpadores del *ager publicus*. Aquellos que, enemigos de toda innovación buena ó mala, no entendían deber ser perturbados en la posesión de sus propiedades, habían ganado al tribuno Octavio, para que se opusiera enérgicamente á todas las proposiciones de su colega. Bastando el voto de un tribuno para que toda deliberación quedase estancada, no perdonó Tiberio manera de infundirle su doctrina. Generoso, de carácter afectuoso, de una voluntad incontestable, aunque de natural dulce, se ofreció á pagarle de su caudal todas las propiedades que perdiera: le suplicó y hasta le abrazó públicamente; pero hallándole invencible, propuso su destitución á pesar de la inviolabilidad sagrada del carácter tribunicio.—¡Es inviolable el tribuno, exclamó, si quemara el arsenal y aún si desmantelara el Capitolio; mas no cuando amenaza al mismo pueblo! También la dignidad real era sagrada, y sin embargo, nuestros mayores expulsaron á Tarquino: son más sagradas que nada las vestales, y no obstante se sepulta viva á la que comete culpa. Del mismo modo el tribuno que ofende al pueblo no debe por su prerogativa ser superior al pueblo mismo, puesto que mina el poder que constituye su fuerza.

Cuando empezaron las tribus á emitir su voto para la destitución de Octavio, recurrió nuevamente Graco á los ruegos, á las súplicas, y su colega se enterneció hasta verter llanto; mas ya fuese por pertinacia ó por honorífica firmeza, persistió en su dictámen, y el voto de la décimoctava tribu decidió que Octavio fuera destituido. Primer golpe descargado sobre la autoridad tribunicia, y descargado por un tribuno.

Tiberio era realmente el mejor ciudadano y el más digno de estima de la facción popular, como lo eran los Escipiones del partido patricio: movido de compasión hacia el pueblo, se eleva hasta la noble idea de la unidad itálica, proponiendo que los derechos de ciudadano romano fuesen conferidos á todos los habitantes de la península, porque había comprendido que

la inmensa masa del imperio descansaba sobre una base demasiado estrecha; y la sublevación de toda la Italia, que tardó poco en verificarse, demostró cuán oportuna hubiera sido esta medida.

Hízose elegir Tiberio triumviro con objeto de conseguir el cumplimiento de sus magnánimos proyectos, en unión de Appio y su hermano Cayo, para proceder á la repartición del *ager publicus*. Entonces propone que la herencia del rey de Pérgamo, legada al pueblo romano, deje de ser administrada por el Senado, y aproveche á los ciudadanos pobres que encontrarán los recursos necesarios para la compra de instrumentos aratorios y animales, para la explotación de los campos que han de poseer. Pide además que se acorte el tiempo del servicio militar para los plebeyos, que tengan parte los caballeros en los juicios con los senadores, y que se conceda el derecho de ciudadanía á todos los italianos.

Debieron estas proposiciones conciliarle la órden ecuestre y todos los habitantes de la Italia, pero si los caballeros odiaban á los patricios, que limitaban su poder y les rechazaban de los cargos, temían aún más á la ley agraria que les habria despojado de las tierras públicas usurpadas, y hubiera admitido al sufragio con ellos, bajo un pié de igualdad, á los colonos romanos y á las antiguas poblaciones italianas. Mostrándose favorable con respecto á ellos Tiberio, no consiguió muchos partidarios é infundió celos en la plebe. Aunque es verdad que ella no tuvo más que alabarse de un magistrado tan apasionado á sus intereses, ligera y desunida, como lo es por lo comun, no supo sostenerle en la ejecución de sus designios, dando oído á las indignas insinuaciones de los nobles que denigraban al tribuno y le acusaban de afectar soberanía.

Conociendo Tiberio á qué peligro se vería expuesto al salir de su empleo, pensó (en contra de la constitución), hacerse prorogar en el tribunado. Empezó á repetir las amenazas de los patricios, se presentó vestido de luto en la plaza pública, y mostrando sus hijos al pueblo, le rogaba conservasen a su padre. Llegó el día de los comicios para la elección, pero fué sobrecogido con nuevo espanto, según Plutarco, cuando encontró que dos serpientes habían de-

positado sus huevos en su casco, y que la misma mañana no habían querido los pollos salir de su cobertizo; además tropezó al salir de su casa, y riñendo dos cuervos á su izquierda, dejaron caer de un tejado una piedra precisamente á sus piés. Pero lo que debía causarle más serio temor, era ver contra sí toda la aristocracia decidida, de comun acuerdo, á no retroceder delante de nada, al paso que no tenía á su favor más que el pueblo, de poca importancia y siempre irresoluto, y á las tribus rústicas á quienes los trabajos de la cosecha impedían acudir en gran número de comicios.

Elevan la voz en la asamblea los poseedores de las tierras usurpadas contra aquel que se atreve á violar la ley; muéstranse armados los senadores; dispónense los amigos de Tiberio á hacerles frente, aumentase el tumulto, y como no puede Tiberio hacerse oír, lleva su mano á la cabeza, para indicar el peligro de que se encuentra amenazado. Exclaman sus enemigos que pide una corona, y se arrojan sobre los desarmados ciudadanos, á quienes degüellan; él mismo es asesinado con sus partidarios, y privados de sepultura sus cadáveres, son arrojados al Tiber. De esta manera fué como el mayor de los hijos de Cornelia expió el corto y funesto favor de la plebe romana.

De los que favorecían los nobles proyectos de Tiberio fueron parte perseguidos criminalmente, y otros asesinados. Fué encerrado sin ninguna forma de proceso Cayo Bilio dentro de una cuba llena de serpientes. Citado á juicio el filósofo Blossio de Cumas, declaró que había amado mucho á Graco, y siempre había seguido con gusto su voluntad. *Pues ¿y si te hubiera mandado incendiar el Capitolio?* le preguntó Escipion Nasica.—*Nunca hubiera mandado semejante cosa,* respondió Blossio; *pero, en fin, si me lo hubiera mandado lo hubiera incendiado, persuadido de que no podía querer nada que no fuese útil al pueblo.*

Este Nasica, primo de los Gracos, se había manifestado su más encarnizado enemigo. El era quien en contra del parecer del cónsul de Escevola, había querido que se atacase al pueblo desarmado; se puso al frente de los que querían la república, es decir, de los que la explotaban, y se atrevió á hacer justificar por un decreto todo lo que se había cometido contra

Graco y los suyos. Lleno de un orgulloso desprecio hácia el pueblo, dijo á un labrador de quien solicitaba el sufragio y cuya mano encallecida por el trabajo acababa de apretar *¡qué! ¿andas sobre tus manos?*

No se había aniquilado la fracción popular con Tiberio, por lo cual Nasica, aunque gran pontífice, se veía injuriado cada vez que se presentaba en público; oía que se le hacia un cargo por haber dado muerte á un personaje sagrado en un lugar también sagrado; en fin, deseoso el Senado de dar cierta especie de satisfacción y libertarse á sí mismo, envió bajo un pretexto honroso á Asia á este feroz patricio de donde no volvió.

Debió, sin embargo, pensar el Senado en poner en ejecución la ley agraria, pero cuando se ocuparon de ella, ocurrieron tantas dificultades sobre los límites, origen de la propiedad y valor de ellos, que los triumviros encargados de la operación no pudieron cumplir su cometido. Descontentos entonces los italianos, reclamaron el apoyo de Escipion Emiliano, quien obtuvo que el conocimiento de estos asuntos fuese arrancado á los triumviros y confiado al cónsul Tuditano; pero encontró éste de tal manera embrollado el asunto que se espantó y marchó para Iliria. La plebe, que primero idolatraba á Escipion, le odiaba desde que á la noticia del asesinato de Tiberio había dicho este verso de Homero: *¡Perezca como él el que obra de su manera!* Persuadida de que había sido engañada, sofocaba su voz cada vez que se presentaba en la tribuna, con murmullos, y repetía las palabras orgullosas que él les dirigía; también le acusaba de aspirar á la dictadura. Despreciaba Escipion estas injurias, y ensalzaba sus servicios y los de Paulo Emilio. Retirado al campo, donde se entregaba al estudio con Lelio su amigo, acudía á Roma cada vez que se trataba de oponerse á alguna ley popular. Pero una noche se le encontró muerto en su casa: Fueron acusados los demagogos de haberle asesinado; mas se opuso el pueblo á que se procediese contra ellos por el temor de que sencontrase comprometido Cayo Graco. Anunciaba, sin embargo, la muerte del más obstinado campeón de la aristocracia, que se renovaba la lucha más violenta, más apasionada y más culpable.

En efecto, los tribunos, á quienes Tiberio Graco había enseñado cuan temible podía llegar á ser su autoridad, trataban de aumentarla. Propuso el tribuno Carbon, que no dejaba de recordar con indignación el asesinato de Graco, que pudiese ser prorogado el tribunado tanto como agradase al pueblo, pero no se aprobó la ley. Habiendo querido prohibir el censor Metelo el Macedónico, la entrada en el Senado al tribuno C. Atinio, le puso preso, y se aprestó á hacerle precipitar desde lo alto de la roca Tarpeya, como culpable de lesa majestad, si no se hubiese opuesto otro tribuno; pero se aprovecharon de la ocasión para hacer decretar que los tribunos tendrían voto deliberativo en el Senado.

Habia vivido separado y lleno de espanto Cayo Graco despues de la muerte de su hermano, ocupando sus horas la elocuencia, en la cual nadie le había excedido; prudente en su conducta, era enemigo de la ociosidad, de la avaricia y de los excesos, á los cuales se entregaba la juventud romana. Pasaba en la opinión de ciertas personas por hombre de poco valor, y le acusaban también de desaprobación á su hermano, pero en realidad se disponía á vengarle ó ensalzar á la plebe y á hacer temblar á los ricos. Pidió la cuestura y pasó á Cerdeña, donde se ganó la estimación y afecto del cónsul y sus soldados por su valor, probidad y exactitud. Negábanse las ciudades á proporcionar ve-tuarios, mas él supo obligarlas á que los dieran; Micipsa, rey numida, no mandó trigos sino por consideración á él, con gran disgusto del Senado que despidió los enviados de este rey y cambió las guarniciones. Este mismo Senado había alejado también bajo pretexto de socorrer á los masiliotas, al fogoso Fulvio Flacco, uno de los triumviros encargados de la repartición de las tierras, quien habiendo llegado al consulado á pesar de los patricios, todo lo conmovía por la extensión del derecho de ciudadanía y por resucitar la ley agraria.

Pero de repente se aparece Cayo Graco en Roma; citanle los censores á juicio como desertor, y él se expresa con estas palabras:—He servido doce años en el ejército, aunque las leyes no exigen más que diez. Nombrado cuestor, he permanecido dos años despues de mi